

el mundo ve hoy con claridad la distinción entre radicalismo y bullanga, y sabe que el mantenimiento del orden, la reducción á condiciones de una propaganda pacífica, regular, en un medio ampliamente tolerante, de todas las tendencias, será principio común á todos los grupos, á todos los gobiernos. Se cree también que los gobernantes futuros demostrarían no haber heredado la candidez de sus predecesores, y que la misma masa no se dejaría ya engañar por los enemigos disfrazados de demagogos.

Pero todos estos supuestos, esperanzas é hipótesis, ceden el sitio á una cuestión previa, que seguramente se les habrá ocurrido ya á mis lectores: ¿la República vendrá? ¿es cosa inminente? Nadie podría afirmarlo ni negarlo. Republicanos hay, y muy sinceros y entusiastas, que lo dudan, haciendo hincapié en esa atonía que se advierte hoy en nuestro pueblo para los asuntos políticos. Si la atonía se prolonga, y los directores vacilan en dar el impulso—quizá por el mismo temor de no ser secundados suficientemente—, el cambio de régimen podrá recular años y años en nuestra historia. Así lo temen no pocos de los que verían con gusto ese cambio. Otros, advertidos por la experiencia de lo pasado, dejan un portillo abierto á lo imprevisto, que lo mismo pudiera expresarse en la aparición de una voluntad enérgica que mude de pronto las condiciones de lo actual, desplazando el problema dentro del mismo régimen imperante, que en la acentuación de la decadencia presente con todas sus consecuencias, incluso la intervención extranjera, que algunos creen posible, quizá prevista y acariciada.

Como se ve, el estado actual no tiene nada de claro, y apenas si los que dentro de él vivimos, en contacto con todos ó casi todos sus factores, podemos darnos cuenta exacta de él, para reducirlo á términos categóricos.

Á mi—y séame lícito apuntar una opinión al término de estas cuartillas—lo que me parece es que todas esas doctrinas que aquí luchan, todas las oposiciones de los partidos que pueden representar una solución inmediata al problema, se mueven en un terreno muy falso, porque en

él sólo figura una minoría consciente, tras de la cual queda oscurecida esa masa á que empecé refiriéndome al hablar del pesimismo, á saber: la que no hace política y vive en un estado de ignorancia y miseria moral deplorables. Y hago una pregunta: ¿cabe gobernar un país, con cualquier programa que sea, el mejor intencionado, con los hombres más escogidos que puedan hallarse, teniendo que arrastrar el peso muerto de una mayoría que, no por su culpa, sino por las ajenas, será materia rebelde y fácil á toda sugestión de charlatanes, ambiciosos ó intransigentes, mientras no se le redima de ese estado? ¿No sería mejor empezar por educarla—y por dar de comer á los que tienen hambre—para edificar en firme la obra política ulterior?

II

Más de política

Un mi amigo, á quien leí el artículo que antecede, se me mostró ayer preocupado por ciertos conceptos que le habían hecho impresión, hasta el punto de no apartársele de la memoria.

—¿Y qué es ello?—le pregunté.

—En primer lugar—contestó—, una cosa que dices, no recuerdo en qué términos, acerca de la manifestación de una voluntad enérgica, ó de un cambio radical dentro del propio régimen en que vivimos... ¿No es así?

—Algo así es. ¿Y qué?

—Pues que no lo entiendo. ¿Aludes á la aparición de un carácter en la política monárquica, que la consolide y á la vez la oriente en una dirección moderna, propia para satisfacer los anhelos nacionales?

—Confieso que no pensé en eso al escribir aquellas palabras, por ser contingencia, ó muy remota, ó de escasisima esperanza. Ya ves en qué ha quedado el *carácter* de don Antonio Maura.

—¿Entonces?

—Mira: creo preferible que le preguntes eso al propio Maura. Si él te cuenta cómo y por qué salió del gobierno (causas próximas y remotas), puede que veas claro lo que quiero decir. La voluntad, á cuya manifestación aludo, no apunta entre los políticos, parece venir de más alto, y has de convenir conmigo en que puede producir grandes cambios en el Estado.

—¿Buenos ó malos?

—¿Qué sé yo? Basta con que sean cambios. Si en un sentido, por lo que traerán de suyo; si en otro, por lo que provocarán en el país. En último resultado, si eso ocurre, la crisis se producirá y, por lo tanto, la marcha de las cosas vendrá á sufrir una desviación que despierte á los dormidos y avive la energía de todos, sea cual fuese su actual posición en la política.

—Conformes, y á otra cosa. Hablas también de los peligros que ofrece una masa ineducada, un pueblo que (no por su culpa, sino por la de las llamadas «clases directoras») es ignorante é indisciplinado. Te declaro que en mi calidad de demócrata, he sentido cierto resquemor de esas palabras.

—Deja el resquemor. Yo no hago más que fijar un hecho. ¿Es exacto ó no lo es? He aquí lo único que cabe discutir. Si lo es, hay que bajar la cabeza ante la realidad.

Pero luego se ofrecen dos soluciones: la de los que repugnan la intervención popular en la política, ó creen imposible que las clases bajas se eduquen y capaciten para el gobierno, consistirá en dejar que las cosas sigan como hasta ahora, y aun en impedir que se modifiquen; la de los demócratas será remediar el mal, lavar la culpa cometida por los que han consentido que se prolongara ese estado de incultura, y ayudar á que se convierta en útil un elemento que en el estado presente puede ser peligroso.

No es otra la aspiración de los que se afanan por la difusión de la enseñanza, de los defensores de la «política pedagógica». Excuso decirte en cuál de los dos campos me debes incluir... Pero hay otro aspecto de la cuestión, en que no pude entrar cuando escribí aquel artículo, porque se iba ya haciendo largo. Ahora me llevas á pensar nuevamente en él, y creo, en efecto, que mi exposición de los factores actuales de nuestra vida política quedaría incompleta si no hablase de lo que en cierto modo se podría llamar «el reverso de la medalla».

No consiste ese reverso en que al lado de su ignorancia tengan los elementos populares buenas condiciones que aseguran la posibilidad de emplearlos útilmente en la obra de la regeneración nacional. Eso, por de contado. Creo, con Morote, que una de las «fuerzas vivas» del país es ese cuarto estado que, semejante á una tierra virgen, guarda en su seno energías de inapreciable valor, aunque la superficie se nos muestre invadida por plantas perjudiciales, y que, además, empieza á darse cuenta de su estado y tiene ya el deseo de salir de él. En esto aventaja á la burguesía histórica, que va perdiendo terreno precisamente por haberse detenido en la progresión de su mejoramiento y de sus ideales; que ya no sueña con nada, ni aspira á nada que no sea la continuación de un sosiego egoísta, á cuyo amparo se rumian muy bien las ventajas logradas en los años de esfuerzo.

Á lo que yo me quiero referir es á otra cosa, á saber: que ese peligro apuntado en el artículo anterior, lo veo también en las clases directoras, y si me apuras, más grande y más temible en ellas que en las de abajo. Aquí la «gente de orden» es, en el fondo, la más desordenada y la más anárquica. No busques en ella disciplina, respeto á la ley, subordinación espontánea á las instituciones y á los hombres que la merecen, concurso natural y corriente á la obra de gobierno y de educación del país, es decir, á nada de lo que está voceando continuamente como indispensable para la vida social, de lo que dice amenazan los pícaros

perturbadores de poco pelaje, con sus doctrinas «disolventes».

El hecho es completamente exacto. Hace poco lo ha puesto de relieve, sin ambages, Zulueta, en un artículo del que copio estos párrafos verdaderamente substanciosos, de los que sólo habría que rectificar los términos demasiado absolutos, hijos de la misma argumentación que, para producir efecto, tiende siempre á las afirmaciones sin reservas, aunque el autor las haga mentalmente.

«Aunque suene á paradoja—dice Zulueta—, sólo á fuerza de libertad es posible la autoridad. De la raza germánica puede decirse que ha producido, desde Kant á Nietzsche, los pensadores más personales; y á pesar de ello, ó precisamente por ello, Alemania es una nación de socialismo de Estado. Nadie ignora que la gente del porvenir, que los anglosajones, los escandinavos, son audazmente, casi brutalmente, individualistas, y nadie ignora tampoco que en ninguna parte como allí hay orden, organización y asociaciones.

»Nos sucede en España precisamente todo lo contrario. No tenemos originalidad individual, y por lo tanto, carecemos también de vida social. Quedando el individualismo rebajado á un ruín personalismo, se reduce á su vez la marcha colectiva á un *borreguismo* vergonzoso. Nadie piensa nada, nadie hace nada; pero en cuanto se trata de formar ó mantener una unión, de trabajar en común y orgánicamente, cada cual tira por su lado, haciendo gala de una salvaje independencia de primitivo, como si temiera sacrificar algún tesoro precioso de propia mentalidad y actividad. Somos á la vez el país de la rutina y de la indisciplina. Nadie tiene una idea, pero no es posible ponerse de acuerdo; nadie inicia una obra suya, pero no es posible una acción de conjunto.

»Por eso apenas tenemos partidos, ni política, ni patria. La opinión corriente afirma todo lo contrario; se cree que somos demasiado patriotas, que todo el mundo se mete en política, que nos sobra el espíritu de partido. ¡Si estas

cosas—se dice—son lo típico español, si son las que nos han perdido y arruinado! Y nada es, sin embargo, menos verdad.»

Ahora bien; nótese que eso mismo es lo que han declarado, después de sus *experiencias* políticas, hombres tan poco sospechosos como Cánovas, Silvela y Maura. Todos ellos han encontrado las mayores resistencias para realizar algo positivo—cuando, por ventura, han pensado en ello—en los mismos elementos sociales en que creían encontrar el más eficaz apoyo.

No hace mucho, en un artículo sobre el *descanso dominical*, recordaba yo la actitud de Montero Ríos ante la nueva ley. La nutrida y sumamente interesante información sobre el caciquismo en España, reunida por Joaquín Costa, ha demostrado perfectamente que los primeros conculcadores de la ley, los primeros irrespetuosos con el gobierno, los más indisciplinados, los anarquistas prácticos, son los oligarcas, es decir, los *directores*; y diariamente los hechos nos demuestran que ellos serían el primer obstáculo para una reforma, no en nombre de ideas, de principios, sino de conveniencias, de provechos egoístas.

Presentaré otro ejemplo. En todas partes del mundo la juventud—y cuanto más joven, más—es un factor que se señala por la exaltación de sus sentimientos, por el radicalismo de sus opiniones. Pueden temerse de ella indiscreciones, impaciencias, movimientos bruscos, sueños utópicos; pero siempre algo ideal, elevado, generoso. La juventud universitaria rusa propaga los principios revolucionarios, conspira, se subleva, pidiendo libertad. La juventud universitaria de origen italiano, pelea en el Tirol por el irredentismo, contra la estrechez de criterio germanista. La juventud universitaria francesa sigue á Zola, funda ó anima las Universidades populares, sigue la corriente social de los tiempos.

Los estudiantes españoles también se sublevan. ¿Por qué? Por las vacaciones. Les parece (no á todos, por fortuna) que trabajan demasiado, que se sacrifican con exceso

por la ciencia. Creen, verbigracia, que 25 días de holganza en el período de las fiestas de Navidad son pocos días, y aspiran á que se aumenten. Piensan en solemnizar el centenario del *Quijote* adelantando los exámenes, y por tanto, acortando en un mes el curso. Y para eso no vacilan en alterar la disciplina de las Universidades, en promover alborotos. ¿Se puede esperar algo de una juventud así? ¿Puede confiarse en que sea el día de mañana elemento útil de una obra nacional que pedirá, ante todo, sacrificios, cooperación para lo bueno, hombres de sana voluntad y de aspiraciones elevadas y altruistas?

Hace poco, un grupo importante de escolares madrileños se ha negado á concurrir á la cátedra de determinado profesor. Abierta información acerca de las causas que á ello les movían, ninguna alegación se ha hecho que pruebe una incompatibilidad apreciable entre maestro y discípulos, ó la concurrencia en aquél de circunstancias que lo hagan indigno de seguir ejerciendo sus funciones. En virtud de esto, el claustro acuerda que vuelva á regentar su cátedra. Los alumnos insisten en su negativa; reconocen que les faltan motivos para fundamentar su actitud, pero no la deponen; y para evitar un «conflicto» de esos á que tanto miedo tienen nuestros gobernantes, el ministro de Instrucción Pública inventa una comisión científica que le permita alejar de la cátedra al profesor, dándole una dedadita de miel. ¿Qué harán el día de mañana esos estudiantes, cuando sean hombres y sean llamados á dirigir á otros hombres ó á concurrir á la obra de gobierno, si siguen aplicando ese criterio que ahora emplean para rechazar sin causa justificada á un catedrático?

Me he fijado en esos dos hechos, por ser recientes y por referirse á un elemento social del que, lógicamente, ha de salir la mayoría de los gobernantes futuros. Pero los casos podrían multiplicarse, tomándolos de todos los rincones de la vida nacional. Todos ellos no son más que manifestaciones y síntomas de una misma enfermedad que llevamos en lo íntimo del espíritu, y que ha hecho sus mayores estragos

precisamente en los que deberían ser agentes curadores de ella.

Claro es que, al lado de ésta, la indisciplina de los de abajo poco supone. No es más que un reflejo de la de arriba, y con menor responsabilidad en el sujeto. Ella sola, podría ser dominada á fuerza de educación y de ejemplos de desinterés y buena fe en los educadores. Pero donde éstos faltan, el peligro es inevitable.

Por eso nuestro problema no es, como en otras naciones, el de capacitar á las clases inferiores, el de educarlas y convertirlas de elemento peligroso en elemento útil, sino el de levantar en peso al país, el de rehacer al español, el de educar en masa á todos, empezando por los que parece que lo están ya y con esa apariencia causan más daño que los desprovistos de todo. El político de hoy tiene que preocuparse, pues, de la regeneración entera de su pueblo, desde los más altos á los más bajos. El político de mañana, si las cosas no varían, tendrá que pensar, antes que en reprimir los extravíos de los ínfimos, en sujetar la anarquía mansa de los máximos. La mano de hierro que los encauce y subordine, bien podrá ser luego, sin temor, mano blanda para los que sólo pecan por ignorar lo que deben hacer, ó por reacción contra el ejemplo que les dan los otros.

III

Más síntomas

¡Tarea triste para el cronista la de inventariar errores, lacerias y miserias del espíritu nacional, que quisiera ver impecable y bien orientado! Tarea triste, pero necesaria, porque, como cien veces se ha dicho, el reconocimiento del error y del estado de enfermedad es el primer paso para la curación de uno y otra.

Que la minoría culta del pueblo español se halla ahora en un momento de aguda crisis, cosa es que parece indudable. Notad que hablo de una minoría; porque no obstante la facilidad que suelen tener algunos para generalizar los hechos y ver en todo agitaciones de la masa, yo veo que, en realidad, la masa no comprende por lo común las predicaciones y propósitos de los que aspiran á dirigirla, ni se interesa por ellos, aunque á veces los secunde con movimientos espasmódicos, á los que falta la conciencia de su fin. El día que esa conciencia se produzca, será precisamente el de resolución relativa de la crisis; porque aun no se ha producido, la crisis subsiste.

Pero entendámonos en cuanto á ésta. He dicho crisis aguda y lo he dicho con intención y para explicar el calificativo, que necesita, en efecto, explicarse si se ha de rectificar un error muy común en las gentes. Este error es el de creer que en la vida de los pueblos hay períodos de calma, de serenidad, en que se vive de la substancia de un ideal, sin vacilaciones, sin dudas, sin la más mínima contradicción, con el unánime asentimiento de todos, en una como posición estática, negación de la misma vida; y otros períodos de lucha, de contradicción entre aspiraciones diferentes, de incertidumbre, en que se disgregan los elementos cohesionados antes y se desorienta el espíritu colectivo. Esta concepción es inexacta y lleva en sí un peligro grave: el de creer en soluciones definitivas para los problemas, ó por lo menos en soluciones estáticas durante un tiempo largo, en que el alma de los pueblos deja de desear, se satisface plenamente con lo adquirido y no advierte disconformidad ninguna entre la fórmula abstracta que en un principio aceptó, y que mantiene inalterable, y el proceso rápido de la vida. Pero lo contrario es justamente lo verdadero. La vida cambia más de prisa que las leyes y las instituciones, y aun cabe decir que está cambiando sin cesar. Se ha observado, en la historia de la filosofía, que las doctrinas divergentes de una determinada dirección nacen en el seno mismo de ésta, á la que combaten ó rec-

tifican, y contemporáneamente con ella; y que si no son advertidas por la generalidad hasta mucho tiempo después, cuando han adquirido cierta fuerza, es porque la visión intelectual, ofuscada en cada momento por el esplendor circunstancial de un sistema ó de un nombre, tiende á no ver otra cosa y á figurarse como monótono y unilateral el movimiento de las ideas. Esto mismo es lo que ocurre en la historia de toda ideación humana. Las gentes—y no sólo el vulgo—no ven más que lo muy aparente y acentuado, que quizá debe su hegemonía á un capricho de la moda, á un efecto de la imitación social ó del gregarismo; y mientras lo contrario no llega á tener igual ó análoga acentuación, no lo reputan por vivo. Así, cuando perciben el choque, lo llaman *crisis*, es decir, esfuerzo violento, cambio súbito, ó como dice el diccionario, «mutación considerable», tendiendo á calificarlo entonces de cosa nueva, venida de pronto: sin sospechar que, tal como se les aparece, no es sino la consecuencia actual de un movimiento de discordancia que tiene origen remoto y que ha ido engrosando más ó menos rápidamente á expensas de lo que combate: es decir, que lo que ven es el momento, ó un momento agudo, decisivo, de una lucha perenne, que acabará en una victoria, ó sea en la superioridad momentánea de una de las direcciones, pero que no pondrá fin á la lucha misma; porque las victorias de las ideas no traen consigo el aniquilamiento de las vencidas, como se puede aniquilar, en las guerras militares de los hombres, á un ejército enemigo. Así, el concepto de las crisis sociales necesita de una rectificación análoga á la que, en la medicina moderna, ha sufrido el concepto de la crisis patológica de los hipocráticos.

Todo esto sirve para afirmar que lo que ahora se advierte en aquella parte del pueblo español que piensa y se preocupa con los problemas hondos de la política y de la dirección general de la vida española, no es un estado nuevo, de génesis reciente, ni limitado á un grupo especial de elementos, sino cosa ya antigua, difusa, iniciada en cien

partes del cuerpo social y por muchas y variadas individualidades, que el clamoreo monódico de los más tuvo obscurecidas hasta ahora en que, por virtud de causas circunstanciales, han adquirido cierta consistencia, cierto bulto y pueden hacer oír sus voces, produciendo la ilusión de algo que de repente ha nacido en un punto determinado del país y por los esfuerzos únicos de ciertas gentes. Á este error (que en el fondo es una injusticia, como veremos) se une el efecto de nuestra inveterada anarquía social, revelada, á este propósito, en nuevos síntomas.

De ellos es el más grave, á mi juicio, el del aislamiento, á la vez receloso y vanidoso, de los diferentes grupos que un observador imparcial calificaría de esencialmente convergentes, pero que, por obra y gracia de algunos de sus directores y de la substancial anarquía de la masa, son cuando más, paralelos, y muy á menudo divergentes, con daño del fin común en que deberian trabajar unidos. Notad, en efecto, que hoy aquí, mañana allí, los que pretenden tener un programa reformador, los que creen representar direcciones nuevas, las pregonan como obra exclusiva suya, hija de la natural idiosincrasia de su espíritu ó de las condiciones naturales de *su raza*—que aun hay quien cree en las razas á lo Lapouge—y proclamándose únicos inventores y depositarios de la verdad, conciben tan sólo el procedimiento de regeneración á la manera de un embutimiento de los demás en el molde que ellos han creado: como si los que no pertenecen á su grupo fueran incapaces de pensar y sentir por cuenta propia y de tener programas y aspiraciones, no reflejados, sino nacidos en ellos mismos.

Así, unos quieren catalanizar á España; otros, vasconizarla, etc., etc. El resultado de estas doctrinas es molestar inútilmente al resto de los españoles y restar elementos á la obra común. En vez de fijarse en lo fundamental de ésta y reconocer los precedentes que tiene en todas las regiones de España y en propagandistas nacidos en las más diversas localidades de la Península, cada grupo desconoce y

olvida lo hecho por otros, que se consideran, no sin razón, como despreciados: y así crecen de día en día los rencores, los exclusivismos, que dificultan la acción simultánea y, por ende, la victoria. Yo no puedo menos de acordarme, al ver esto, de un célebre político español, ya muerto (y á quien no pocas gentes que no lo conocían bien han convertido en un santo lleno de todas las perfecciones humanas), el cual nunca dijo ostensiblemente que no cuando se le hablaba de unirse á otros para una acción común, pero sobrentendía siempre que había de ser con *todo* su programa, hasta el último detalle, y con su jefatura, por supuesto. Su fórmula era estar conforme... con todos los que previamente aceptasen su doctrina. Con este sistema lo que se sacrifica realmente es lo que puede haber de común en una serie de direcciones doctrinales; es decir, precisamente lo que importaba más salvar.

No tiene duda que, en las varias corrientes de pensamiento que forman lo que pudiera llamarse la aspiración reformadora de nuestra política y de nuestra vida social, hay muchos puntos en que todos los reformistas están conformes, á lo menos en cuanto á su tendencia y significación más substanciales. No tiene duda tampoco que esos ideales comunes han sido predicados—y no pocas veces practicados, con más ó menos amplitud, según lo que la posición y el tipo profesional de cada uno consentían—por muchos individuos de nombre respetable y de influencia notoria en distintas esferas de la vida nacional, y aun por partidos políticos contra quienes no cabe argüir con una experiencia *de hecho* contraria en el poder. ¿Qué instinto suicida es, pues, ese, que niega todo valor á tales elementos, que rechaza toda connivencia y que, como el político á quien aludía antes, no concibe la unión sin la imposición á los demás del criterio propio hasta sus últimos detalles, ó no la concibe de modo alguno, pensando en la reforma por medio de una conquista y sumisión de los demás, como si aquí hubiese tan sólo unos pocos apóstoles de la buena nueva frente á una masa de paganos á quienes es preciso

convertir, sujetándolos á una ortodoxia cerrada que exige decir amén á todos sus artículos? Ese instinto suicida no es más que una nueva manifestación de nuestro anarquismo social, que se expresa á la española antigua; es decir, con el ideal de la imposición y del particularismo por delante, tras la negación de todo lo que no es la propia Iglesia. Y la obcecación exclusivista llega á tal punto, que hasta hay quienes, llevando la doctrina de la *raza* al último extremo, se restriegan las manos de satisfacción haciendo notar los fracasos industriales de los que en otras regiones quieren trabajar á la moderna, no por espíritu de guerra económica, sino porque sienten la aspiración del trabajo y tienen el derecho de satisfacerla, como todo el mundo; y esos mismos que se alegran de los tropiezos ajenos, dan á entender que tales fracasos ocurrirán siempre necesariamente, en ciertas regiones y en ciertos medios sociales: como si el medio social no fuese en gran parte un producto de los esfuerzos humanos, que empiezan por ser iniciativas aisladas.

Por fortuna, el gravísimo peligro que hay en todo esto comienza á ser notado por los hombres de corazón y de amplia inteligencia; y ya se advierte, en algunos de los grupos que hasta ahora habían permanecido en hosco apartamiento y en intransigencia cerrada, la inclinación á entenderse con los afines, á reconocer en éstos análogas y propias aspiraciones, á pensar en lo que une y no en lo que divide, única manera de conseguir el objeto de las ansias de todos. Si esa novísima tendencia, que aun es la de una minoría escasísima, logra desprenderse de toda vanidad, de todo afán de hacer á los otros á su imagen y semejanza, y concretando los puntos comunes abandona la ortodoxia de los credos cerrados y deja que las formas de constitución de lo nuevo se determinen libremente en el choque de las ideas, sin hipotecar el porvenir á principios determinados que traerían la división, entonces, lo substancial (la modificación de nuestras costumbres políticas, sociales y económicas, el evangelio de la cultura y el trabajo) se

impondrá resueltamente. Si persisten los exclusivismos, los cotos cerrados, la acentuación de las diferencias, entonces todo debe darse por perdido. Los que debieran marchar juntos al combate contra el enemigo común—que está en todos los rincones de la Península, que no es producto exclusivo de ninguna región—, se combatirán unos á otros, haciendo incurable nuestra anarquía é imposible nuestra regeneración. *Regnum divisum desolabitur.*

IV

La resurrección de la política

En fecha memorable, Castelar declaró cerrada, para nuestro país, la era de las reformas políticas. Utilizando en provecho propio la declaración, todos los elementos conservadores procuraron apartar el interés público de las cuestiones que hasta entonces le habían apasionado, y un día afirmaban la indiferencia de las llamadas formas de gobierno; otro, la inutilidad de las conquistas democráticas, y un tercero, la supremacía de las luchas económicas y su independencia del orden político. Se podía ser ultrarreaccionario en punto al Estado, y muy progresista en cuanto al problema social. Recuerdo haberle oído á un demócrata ya viejo, de los de Castelar—mejor dicho, de los de Maisonnave—, explicar su tránsito al partido conservador con el argumento de que lo llevaban á éste sus simpatías por el socialismo; verdad es que su socialismo era el de Cánovas, que, así como un día «vino á ser doctrinalmente proteccionista», también llegó á imitar á los poderes públicos alemanes en el intervencionismo social.